

Alice Kellen

El mapa de los anhelos

 Planeta

ME LLAMO GRACE

A veces me tumbo en la cama, cierro los ojos e imagino el comienzo de mi vida. Veo un espermatozoide más rápido que el resto moviéndose con brío hasta llegar a las trompas de Falopio. Se abre paso a coletazos y logra conquistar el óvulo que todos ansían atravesando la membrana plasmática. Y entonces, tras la fecundación, aparezco en escena. Todavía no tengo ojos ni boca ni extremidades, pero existo.

Una existencia con un propósito.

La mayoría de la gente que conozco se pregunta a menudo por qué ha llegado a este mundo, cuál es su cometido o si su vida tiene una razón de ser. No puedo darles una respuesta, pero mi destino estuvo claro desde el principio, como la hierba que crece para alimentar al ganado o las abejas y su afán por polinizarlo todo. Así que, de pequeña, cada vez que en el colegio me pedían que me presentase poniéndome en pie o que escribiese una redacción sobre mi familia, siempre empezaba diciendo:

«Me llamo Grace Peterson y nací para salvar a mi hermana».

El abuelo suele decir que llegué al mundo con una capa de superheroína. Una capa morada, por supuesto. Ondeaba a mi espalda, aunque nadie más pudiese verla, ni siquiera la matrona que me cogió por primera vez. Seguro que, a pesar

de que lloré de forma escandalosa en cuanto nació, todos estaban más pendientes de otra cosa: el valioso cordón umbilical lleno de sangre, cuyas células madre pudieron transferir a Lucy para erradicar la leucemia mieloblástica que le habían diagnosticado al año y medio.

Mientras crecí, nunca pensé mucho en ello, pero creo que supuso una unión profunda entre nosotras, incluso a pesar de que no podríamos haber sido más distintas. Mi hermana era dulce y todo el mundo decía que su sonrisa era genuina y contagiosa; los médicos la adoraban, mamá se dirigía a ella llamándola «mi sol» y, cuando su estado de salud le permitía asistir a clase, todas sus compañeras se desvivían por ella. «Brillas, Lucy —le aseguraba papá—, eres como una estrella centelleante».

¿Y quién no quiere que la comparen con las estrellas, la Luna, astros, constelaciones o galaxias fascinantes e infinitas?

Yo, claro.

Yo, que siempre he sido más como un agujero negro: nadie me entiende demasiado bien, por mucho que en teoría tenga sentido, y sigo siendo un misterio incluso para mí misma, con mi campo gravitatorio impidiendo que ninguna partícula escape.

Así que, lejos de la luminosidad de Lucy, tengo que esforzarme constantemente por sonreír. «Es como si tuviese los labios de cartón duro», le confesé una vez a mi abuelo. Y él, tras arroparme en la cama, contestó: «¿Sabes que el cartón se ablanda cuando le echas un poco de agua? Deberías probarlo a ver qué pasa, Grace». Me avergüenza admitir que nunca le he puesto mucho empeño. Pero tengo mis razones: el mundo es un lugar hostil. No logro visualizar la vida como un regalo, sino como un camino pedregoso repleto de dolor, injusticias, enfermedades y diversas penurias.

Se lo dije a Lucy una noche de insomnio en pleno invier-

no, cuando los copos de nieve revoloteaban tras el cristal y ella se levantó de madrugada para ir a por un vaso de agua. Nuestras habitaciones estaban la una enfrente de la otra, así que el contraste resultaba evidente: su colcha era rosa, la mía morada; ella aún conservaba peluches de la infancia y yo los había relegado todos al desván; ella tenía láminas de tonos pasteles enmarcadas en las paredes y las mías estaban llenas de postales fotográficas de Vivian Maier o papelitos con palabras sueltas que me obsesionaban.

—Lucy, no entiendo la vida.

—¿Qué quieres decir?

—Está sobrevalorada.

Dejó el vaso en mi mesilla de noche y le hice un hueco en la cama. Tenía las manos frías. Apenas distinguía su silueta en la oscuridad, pero podía visualizar su cabello rubio desparrramado por la almohada, la piel pálida, las ojeras y el rostro hinchado por la medicación, en contraste con las piernas flacas como las de un flamenco.

—Quizá el problema sea que intentes «entender» la vida. No es un rompecabezas, Grace. Créeme, le he dado muchas vueltas. He pensado a menudo en ella como si fuese un juego, pero es un asco porque no hay manual de instrucciones ni táctica que valga y tan solo consiste en lanzar un dado y ver qué números salen.

No había nada que a Lucy le gustase más que los juegos de mesa. Tiene su explicación: el hospital era su segunda casa, así que para entretenerse pasaba el rato con una baraja de cartas o el último juego que le hubiesen regalado. En mi familia todos somos expertos contrincantes, pero ella nunca tuvo rival.

«Tengo muy buena memoria y demasiado tiempo para pensar», solía decir cuando le preguntaba cómo era posible que adivinase todos y cada uno de mis movimientos cuando

nos enfrentábamos delante de cualquier tablero. En lugar de responder, me limitaba a volver a repartir las fichas.

Separar a Lucy de su enfermedad era como coger varios pegotes de pintura al óleo, mezclarlos y luego intentar restaurar los colores. Las dos formaban una enredadera, con sus flores y sus espinas: en ocasiones la primavera ganaba la batalla y Lucy resplandecía durante una temporada, pero el invierno regresaba tarde o temprano.

«Debería haberse curado», decía papá.

Para ser precisos, técnicamente lo hizo. Se curó. Pero unos meses después le diagnosticaron EICH, la enfermedad de injerto contra huésped. O lo que es lo mismo: una complicación grave tras el trasplante alógeno que se resumía en la lucha incansable de mis células contra el sistema inmunitario de Lucy. Empezaron a darle corticoides e inmunodepresores para evitar que rechazase el trasplante, pero, como contrapunto, sus defensas se debilitaron tanto que siempre estaba expuesta ante cualquier infección oportunista, desde neumonías hasta múltiples infecciones de orina.

Cuando hablaban de ello, tan solo era capaz de pensar en un puñado de lombrices retorciéndose.

Lo fascinante de Lucy era que, a pesar de todo, no estaba enfadada con el mundo por lo que le ocurría. Cuanto más aceptaba ella su enfermedad, más me molestaba que lo hiciera. La gran pregunta siempre flotaba a mi alrededor: «¿Por qué?». Mi abuelo dice que, ya desde pequeña, se veía venir que aquello se convertiría en un problema, porque viví con intensidad esa etapa en la que los niños se lo cuestionan todo. «¿Por qué no pueden existir nuevos colores?», «¿por qué las vacas tienen manchas negras y no violetas?», «¿por qué todos los chicos de clase llevan el pelo corto?», «¿por qué los pepinillos se llaman pepinillos?», «¿por qué el agua del mar es salada?».

En la actualidad, sigue colgado en la pared de mi habitación el primer papelito que escribí, en el que puede leerse «¿POR QUÉ?». Todos los demás han ido cambiando con el paso de los años: hubo una época en la que me obsesioné con la palabra «pizpireta» y otra en la que no podía dejar de pensar en la belleza que encerraban «azahar», «escarabajo» o «buganvilla». Mi pared es una serpiente que va mudando de piel.

Sin embargo, la gran pregunta permanece. Da igual el tiempo que pase, sobrevive bajo la lluvia y no la perturban el frío ni las altas temperaturas. Es inamovible.

«¿Por qué Lucy tuvo que estar enferma?».

Cualquiera dirá: «Pues porque sí, porque la vida es así, porque el mundo es un lugar aleatorio y caótico, no hay reglas ni estadísticas que valgan. Así que deja de darle vueltas, arranca el dichoso papelito de la dichosa pared y acéptalo de una vez por todas».

Pero, como no soy cualquiera, sigo en mis trece.

¿Estaba escrito? ¿Hay un código secreto para cada uno de nosotros en el inmenso universo tan intrincado como el propio ADN? ¿Podríamos cambiar nuestro destino si lográsemos adivinar lo que va a ocurrir en el futuro? ¿Es posible que algún ser superior y divino decida que una niñita de dos años merece enfrentarse al cáncer, a una inundación, a morir de hambre o a cualquier otra desgracia por el estilo?

Mamá me contó en una ocasión cómo empezó todo: fue por culpa de unas Petequias. La pequeña barriga de Lucy se llenó de puntitos rojizos y, después, llegaron los hematomas. «¿Te has caído?». «No», decía ella. «¿Un niño te ha pegado en el parque?». Y volvía a negar con la cabeza. Tras una visita rutinaria al pediatra terminó ingresada en el hospital y allí comenzaron a hacerle pruebas.

El diagnóstico fue rápido. También la quimioterapia. Y

mi llegada triunfal al mundo, con todas esas esperanzas puestas en unas cuantas células.

La felicidad duró poco.

Si echo la vista atrás, creo que crecí en el interior de un palacio abandonado que se derrumbó hasta convertirse en un montón de ruinas.

Mis padres se habían conocido en una fiesta de la empresa para la que trabajaban y en esa época imagino que el salón del palacio imaginario estaría en todo su esplendor, con lámparas de araña y paredes revestidas con papel pintado mientras ellos bailaban en el centro: él siempre fue un hombre muy atractivo (lo decían constantemente las vecinas y las amigas de mamá) y ella era inteligentísima. Juntos, formaban un equipo perfecto: cuando su unión se consolidó, celebraban barbacoas en el jardín y eran considerados «una pareja interesante». A mí se me ocurren pocos halagos más maravillosos que ese: ser interesante.

Ambos eran agentes inmobiliarios.

Papá encandilaba a los compradores con su simpatía, su sonrisa blanca y perfecta, sus gestos seguros y esa seducción estilo años cincuenta que emanaba sin esfuerzo.

Pero ella era mucho mejor. A mamá la apodaban «Rosie, el tiburón». Los clientes se convertían en presas cuando caían en sus manos. Lograba emparejar cada casa con sus potenciales compradores. Había vendido viviendas en ruinas, otras con fama de estar encantadas e incluso un par en las que se habían cometido asesinatos. Fue nombrada dos veces consecutivas como la mejor agente inmobiliaria del estado y en las galas navideñas que se celebraban en la ciudad siempre deslumbraba.

Con la llegada de Lucy al mundo, los Peterson se convirtieron en el matrimonio perfecto. Hasta que la palabra «cáncer» se hizo un hueco en sus vidas y aparecieron las primeras

fisuras. Cuando llegué al mundo, el daño aún era reparable. Pero, conforme la salud de mi hermana se fue deteriorando, la brecha se volvió más profunda y mamá pasó de ser una estrella en la empresa a conformarse con jugar al Monopoly en el hospital cuando Lucy tenía un buen día. Dejó el trabajo. Dejó de cantar por las mañanas mientras preparaba café. Dejó de quedar con sus amigas. Dejó de mirarse al espejo. Lo dejó todo.

Como había empezado diciendo, en el colegio nos pedían a veces que escribiésemos una redacción sobre nuestra familia hablando de un día especial o que hiciésemos un dibujo. La figura más destacable de mi obra de arte siempre era la de mi abuelo: lo representaba más grande que a mis padres porque así era el papel que tenía en mi vida. A Lucy la plasmaba a menudo con un sol en la cabeza y tumbada inerte sobre una cama. Y a su lado estaba yo: pequeña, casi anecdótica, un borrón de tinta que podría pasar desapercibido.

Cuando tienes una hermana enferma aprendes a la fuerza a valerte por ti misma. No esperas que tus padres te lean cuentos antes de ir a dormir o que acudan a verte en la próxima competición de patinaje sobre hielo, porque probablemente estarán ocupados intentando que su otra hija no muera por culpa de una infección.

No recuerdo en qué momento se dieron cuenta de que fingir cierta normalidad familiar era una utopía ridícula. A veces había temporadas buenas, esas en las que incluso Lucy podía ir a clase y todos nos sentíamos como si estuviésemos congelados dentro de un cuadro perfecto de Edward Hopper que reflejase un momento absurdamente cotidiano, pero nunca duraba demasiado. Siempre llegaba la recaída y el hospital se convertía en el cuartel general de la batalla, con mi madre al pie del cañón y mi padre trabajando cada

vez más horas para lograr cubrir los gastos médicos y aislarse del dolor.

¿Y dónde encajaba yo en esa ecuación?

Pues en casa de mi abuelo, que vivía a unas cuantas manzanas de distancia. Si pienso en mi niñez, contemplo el tejado a dos aguas de color oscuro, los nidos que los pájaros construían en el árbol que se veía desde la ventana del salón y cuyas hojas se desplomaban de un día para otro cuando llegaba el otoño: lo sé porque me encantaba saltar sobre ellas y oír como crujían. Crac, crac, crac. Un poco más allá, Henry Tallon, como todos en el barrio conocen a mi abuelo, me observaba en silencio mientras bebía café sentado en los escalones del porche. Nunca ha sido un hombre hablador, tiene la firme creencia de que el «sí» y el «no» son suficientes para responder a casi cualquier cosa y no le gusta la idea de malgastar palabras. Posee esa practicidad que mi generación ha perdido del todo; es decir, solo sale a comprarse unos zapatos cuando se le rompen los que usa o, al llegar la temporada de calabaza, se rinde ante ella porque siente la obligación de no rechazar nunca lo que le ofrecen sus generosos vecinos, así que comemos crema de calabaza, pasteles y bizcochos de calabaza, cerveza de calabaza, carne rellena de calabaza, tortitas de calabaza con miel y hasta espaguetis de calabaza.

Pero, cuando pienso en él, también lo veo llevándome a la pista de hielo o acompañándome hasta la parada del autobús escolar. Y regalándome mi primera cámara de fotografía o enseñándome a montar en bicicleta. Fue algo así:

—¿Pongo los pies en los pedales?

—Sí.

Lo hice. Logré avanzar un metro antes de caerme al final de la calle. Mi abuelo me cogió del codo para ayudarme a ponerme en pie.

—¿Lo he hecho bien?

—No.

—Probaré otra vez.

—Sí.

—¿Este es el freno?

—Sí.

—Vale.

Y con unos cuantos síes y noes más, aprendí a controlar el equilibrio. Desde entonces me muevo en bicicleta por Ink Lake, no me importa que sea invierno o verano. Se lo debo a él, como tantas otras cosas. No es que mis padres no desearan formar parte de ese momento, sino que siempre tenían cosas más trascendentales que hacer. Imagina que tienes que decidir entre pasar la tarde con tu hija moribunda a la que acaban de intubar por una nueva complicación o pedalear un rato con la otra. La balanza estuvo inclinada antes siquiera de que escribiesen mi nombre en la partida de nacimiento.

Así que me acostumbré a vivir entre las sombras, detrás del telón.

Si no haces ruido, si aprendes a caminar de puntillas, llega un momento en el que te vuelves invisible incluso cuando te miras al espejo. «¿Quién eres?», me preguntaba a veces contemplando el reflejo de mis veintidós años. La respuesta se repetía en mi cabeza cuando alguna noche regresaba a casa de madrugada y la encontraba vacía, o papá estaba allí, pero ni siquiera se molestaba en echarme la bronca. Nunca iba sola: me acompañaban dos copas de más y una soledad asfixiante.

Al dejarme caer en la cama, aquella certeza daba vueltas a mi alrededor. «Me llamo Grace Peterson y nací...». Cazaba las palabras que revoloteaban como libélulas. «Nací para...». Las escribía en papelitos, buscaba chinchetas, las clavaba en la pared para que no escapasen. «... salvar a mi hermana». Y al final el sueño me abrazaba conforme amanecía al otro

lado de la ventana. Dormía tranquila. Lo hacía porque mis vacíos se empequeñecían cuando recordaba que, pese a ellos, era la chica que logró cambiar una vida, desafiar al destino, ser la heroína de la historia.

En el mundo de las ilusiones estaba encima de un escenario lleno de focos, el público aplaudía entusiasmado y Lucy me miraba con una sonrisa pletórica mientras extendía el brazo para coger mi mano; pero, justo cuando sus dedos rozaban la punta de los míos, la fantasía se convertía en pesadilla y ella empezaba a desvanecerse como si estuviese hecha de humo: volutas púrpuras ondeaban hasta que desaparecía de golpe.

«Me llamo Grace Peterson y nací para salvar a mi hermana».

Entonces, ¿qué ocurre cuando la razón de tu existencia termina bajo tierra con una lápida de granito de color gris impala de más de cien kilos encima?

Ocurre que te encuentras a la deriva en mitad del océano. Ocurre que es como flotar y, al mismo tiempo, llevar una mochila llena de piedras. Ocurre que el mundo se distorsiona a tu alrededor como las ondas de calor en verano. Ocurre que el miedo le gana la batalla a la razón. Ocurre que todo se paraliza.

Así que ahora Lucy está muerta.

Y yo ya no sé quién soy.

EL JUEGO DE LUCY

Dos hechos importantes del día de hoy: han pasado cuatro meses desde que Lucy dejó este mundo y el abuelo cumple setenta y ocho años.

Resulta casi una ironía, como si ambos estuviesen en dos lados de una balanza y el azar se hubiese encargado de jugar con ellos para pasar un rato divertido. El abuelo ha vivido cincuenta y cuatro primaveras más que su nieta mayor, aunque sé que de buena gana le habría regalado todos esos años si esto fuese una distopía y pudiésemos mercadear con el tiempo; claro que, entonces, quizá Lucy nunca hubiese existido.

Sigo dándole vueltas a eso mientras Tayler me besa.

—Vuelve a la tierra, Grace. ¿En qué estás pensando?

«En el azar y la muerte», pero sé que Tayler no quiere escuchar algo así. Siendo precisa, lo único que desea en realidad es limitarse a desnudarse y desnudarme. No tengo ni idea de por qué sigo quedando con él ni tampoco podría explicar de manera coherente la razón por la que empezamos a acostarnos. «Por aburrimiento». «Para mitigar este sentimiento de soledad que nunca me abandona». «Para dejar de pensar en Lucy». «Porque la línea que separa el sexo del amor es fina y siempre albergo la esperanza de conseguir saltar de un lado al otro». Cualquiera de las opciones ante-

riores podría ser válida. Pero qué más da. ¿Acaso a alguien le importa?

—Pienso en lo mucho que me gustas —miento.

Tayler sonríe satisfecho y apaga el cigarrillo en el cenicero antes de inclinarse y colar sus manos bajo mi camiseta. Intento dejarme llevar por sus caricias cuando lo tengo encima, pero vuelvo a distraerme con la palabra que lleva semanas revoloteando por mi mente. «Nefelibata: dicho de una persona, soñadora, que vive en la inopia». Me encantaría ser justo así y saltar entre las nubes algodonosas ajena a todo.

Clavo la vista en el techo del dormitorio mientras Tayler se hunde en mi interior. La sensación no es nueva, llevamos viéndonos de manera intermitente bastante tiempo. En el instituto, él iba tres cursos por delante y era el típico chico malo: iba en moto, trapicheaba con las drogas y acababa cada noche con un ligue distinto. Ocho años después, a los veintiséis, sigue siendo exactamente igual. Nunca he mantenido una conversación interesante con él y dudo que en el fondo sepa algo de mí más allá del tamaño de mis tetas, pero nos une algo esencial: tanto su vida como la mía están estancadas. Y nos encontramos varados en medio de la nada.

Se aparta cuando termina. Ni siquiera me he corrido.

—Oye, Grace.

—Dime.

—¿Sacas la basura cuando te vayas?

—Que te jodan.

Pero no me enfado. Es imposible enfadarse con una persona que no te importa. Tayler intenta retenerme abrazándome por la cintura, así que me zafo de él y me visto con prisas. Pregunta si volveré mañana. Me limito a enseñarle el dedo corazón, aunque los dos sabemos que probablemente hablaremos dentro de unos días.

He dejado la bicicleta atada a la farola que hay junto a la

casa que Tayler comparte con otros dos amigos. Monto en ella y pedaleo con brío por las calles anchas delimitadas por árboles en todo su esplendor primaveral, aunque siempre me he sentido más atraída por los paisajes otoñales, cuando las hojas doradas y marrones alfombran las aceras. Es una ciudad pequeña, pero no tanto como para no sentirse entre un mar de desconocidos. Excepto en la zona residencial donde vivimos, claro, ahí todo el mundo sabe que somos la familia de la chica muerta. Acudieron muchos vecinos al entierro y la nevera de casa, que acostumbra a estar semivacía, se llenó con los platos que traían y que terminaron pudriéndose. Puede que Ink Lake tan solo sea una ciudad más perdida en medio de Nebraska, pero la amabilidad de la gente es parte de su encanto.

A vista de pájaro tiene una forma redondeada, aunque alberga una leve desviación en un extremo, así que en realidad se parece a un caracol. En el centro hay tiendas, varias cafeterías, restaurantes y tabernas, negocios familiares y una farmacia que ha subsistido hasta la fecha gracias a la medicación que encargábamos para Lucy. También hay un cine, pero es pequeño y tan antiguo que si te sientas en una de las butacas corres el riesgo de no volver a levantarte; es mejor no saber por qué están pegajosas. Casi a las afueras, se encuentra la zona más precaria, ocupada por caravanas, y también mi hamburguesería preferida: imposible resistirse a la especialidad de la casa.

Cuando iba al instituto, casi todos mis compañeros soñaban con largarse a otro lugar mejor. A pesar de haber sido testigo de esa fantasía durante toda mi vida, nunca la he valorado en serio. Y eso que jamás he salido del estado. Debido a la enfermedad de Lucy, nos desplazábamos asiduamente a Omaha hasta que la derivaron a otro especialista en el hospital de Lincoln, que estaba más cerca. De esa manera, cuando

la ingresaban y quería verla, podía coger el autobús de la línea nueve y escuchar música durante la hora y cuarto de trayecto, ya que conducir siempre me ha dado pánico.

Entonces, al llegar junto a su cama, mi existencia volvía a tener sentido. Ahí estaba. La heroína invisible. La salvadora silenciosa. La portadora de células indestructibles.

—¿Te imaginas cómo sería ir a la universidad, Grace? —me preguntó Lucy una tarde lluviosa de primavera—. Estudiar algo que te apasione en un lugar donde poder empezar desde cero sin que nadie presuponga nada sobre ti.

—No creo que sea para tanto.

—Tú podrías hacerlo. Ir a Nueva York, vestirme de forma extravagante y comerte un perrito caliente delante de algún escaparate decorado. ¿Y quién sabe? Quizá acabarías siendo una patinadora famosa y yo iría a visitarte en verano y me quedaría en la habitación de invitados de tu sofisticado apartamento minimalista.

—Ves demasiadas películas, Lucy.

—Fantasear es gratis —contestó.

Cogí la caja del juego que tenía en la mesilla de noche, lo abrí y repartí las fichas. La tarde avanzó entre tiradas de dados hasta que se quedó dormida y una de las enfermeras entró para ponerle otra dosis de medicación. Después, el silencio fue nuestra única compañía. Mamá había aprovechado mi visita para ir a casa y darse una ducha, pero no tardaría en regresar. Contemplé el rostro de mi hermana e intenté vislumbrar esa parte de ella que parecía ajena a la enfermedad. ¿Cómo habría sido su vida con salud? Más complejo aún: ¿cómo habrían sido las vidas de la familia Peterson?

En una ocasión, de pequeña, mientras observaba el tronco del árbol que crecía en la parcela de la casa del abuelo, comprendí que era el símil perfecto de la existencia. En primer lugar: necesita agua y nutrientes para sobrevivir. En segun-

do lugar: el camino inicial es recto, pero tarde o temprano se divide, crecen varias ramas y debes empezar a tomar decisiones. La vida deja de ser lineal y pasa a parecerse más a un laberinto. Cada sendero que tomas implica que dejas otros atrás, y eso es aterrador.

Así que, sí, en otra vida tengo amigas y hablo con ellas sobre marcharme lejos de Ink Lake. Cumpló mis sueños, alcanzo el éxito, conozco hombres interesantes, me enamoro, rompo algún corazón y como helado junto a mis compañeras de piso cuando me devuelven la jugada. Viajo a Europa, celebro el fin de año por todo lo alto, llorar me hace fuerte, pruebo platos exóticos y bebo vino blanco en copas de cristal. Durante las vacaciones, vuelvo a casa a visitar a mis padres y abrazo a mi hermana en cuanto entro por la puerta. Es una hermana con las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes, el pelo sedoso y las células intactas. Me presenta a su novio y, tras la cena familiar, nos quedamos riéndonos y hablando en el tejado de casa hasta las tantas, cuando mamá aparece por el hueco de la buhardilla para pedir que bajemos la voz.

Es tan ridículamente perfecto que me entran náuseas mientras pedaleo cada vez más rápido, con las manos apretando el manillar como si deseara estrangularlo.

En cualquier caso, rebobinemos.

El camino recorrido fue otro. Por eso me encuentro atrapada en una ciudad pequeña de la que nunca me he planteado escapar. El estancamiento tiene algo atrayente difícil de explicar. Imagina un pozo oscuro: el agua no se mueve, no fluye, todo se mantiene silencioso e inmóvil, en calma. Y, si te tapas la nariz, ni te darás cuenta del olor putrefacto que desprende. Así que aquí estoy, anclada en un presente gris, con la palabra «Nefelibata» flotando alrededor. Hace años que no patino sobre hielo, no estoy segura de tener ni una sola amiga de verdad, creo que mi padre tiene secretos y en

un minuto giraré a la izquierda para entrar en casa de mi abuelo, celebrar su cumpleaños y fingir que la vida continúa y que, en concreto, la mía todavía tiene algún sentido.

La mesa ya está puesta en el salón y huele a tarta de limón, que es la preferida del abuelo. Me parece un milagro que mi madre se haya tomado la molestia de hacerla, supongo que se debe a que es una ocasión especial. Cuando nos sentamos alrededor del pollo relleno, me fijo en que los cubiertos están alineados sobre las servilletas azules. En teoría todo parece perfecto, pero el silencio en la estancia es denso. Mamá se encarga de cortar y servir la comida, papá parece concentrado en un hilito suelto que cuelga del mantel y el abuelo se mantiene tan serio y callado como de costumbre.

Me encantaría gritar. O ponerme a bailar. O hacer algo del todo inesperado, como el pino contra la pared o imitar los movimientos de un orangután enfadado.

—Está delicioso, Rosie —comenta mi padre—. Justo en su punto.

—Gracias, Jacob. —Ella ni siquiera se molesta en mirarlo.

Podrían ser dos actores que se acaban de conocer y están leyendo unas líneas del guion alrededor de la mesa para que el equipo de la película decida si hay química.

El veredicto: es inexistente.

La comida transcurre entre conversaciones triviales y pausas demasiado largas tras cada frase, como si nos supusiese un esfuerzo pronunciar cada palabra. Nadie me pregunta dónde he pasado la noche; además, lo más probable es que ni siquiera se hayan percatado de mi ausencia. El único que intentó ponerme límites hace años fue el abuelo y le fue imposible seguir haciéndolo cuando cumplí la mayoría de edad.

—Iré a por la tarta. —Mamá se levanta.

Me pongo en pie y quito la mesa junto a los demás. Parecemos cuatro fantasmas mientras vamos del salón a la cocina y viceversa. Minutos después, mi madre coloca el pastel con una cobertura amarillenta de limón en el centro de la mesa y pone las velas. ¿Alguien más está pensando ahora mismo que Lucy nunca cumplirá los treinta, los cuarenta o los cincuenta? Será eternamente joven en nuestra memoria y me pregunto si, cuando yo tenga la edad del abuelo, me resultará extraño pensar en mi hermana mayor como en esa chica rubia que se murió pocos días antes de cumplir los veinticinco.

Él sopla con fuerza y apaga las velas.

—¿Has pedido un deseo, abuelo?

—Pues sí. —Coge el plato que le tiende su hija y hunde la cuchara en el gelatinoso pastel. Después, se la lleva a la boca y parece pensativo cuando añade—: En realidad, tengo algo que deciros sobre ese deseo. Me marchó a Florida.

—¿Qué? —Mamá lo mira con incredulidad.

Puede parecer algo trivial, pero si hago memoria no recuerdo que el abuelo haya dormido fuera de casa ni una sola vez. Tampoco sé qué se le ha perdido en Florida.

—Un amigo me ha invitado a pasar una temporada en la ciudad. Creo que me irá bien un cambio de aires. Además, iremos de pesca. Siempre he querido aprender a pescar.

—Pero ¿qué amigo, papá?

—McGregor, coincidimos en la división.

—Con todo lo que ha pasado, no creo que este sea el mejor momento para vivir una aventura. El médico dijo que tu corazón está débil y tienes el colesterol alto...

El abuelo se mete la cucharada de pastel en la boca y traga con tanta fuerza que cualquiera diría que acaba de zamparse un bocado de tornillos. Respira hondo y, a continua-

ción, dice la frase más larga que le he oído pronunciar en toda mi vida:

—Rosie, hija, si no es ahora, ¿cuándo? Mírame. Tengo casi ochenta años y hace décadas que no me ocurre nada interesante. Me he pasado media vida llorando por la pérdida de tu madre y el resto, sufriendo por la enfermedad de Lucy. He intentado ser un pilar firme para esta familia, pero abre los ojos: ella ya no está y la mejor forma de honrar su memoria es continuar adelante.

El abuelo engulle otra cucharada. A mamá se le llenan los ojos de lágrimas y se levanta de la mesa con brusquedad. Papá se disculpa con un murmullo casi inaudible y la sigue poco después. Se oyen voces a lo lejos y luego un portazo. El cumpleaños y yo nos sumimos en un silencio cómplice.

—Parece que nos hemos quedado a solas.

—¿Vas a comerte tu trozo de pastel?

—Sí —respondo—. Y, a propósito, creo que es un buen plan lo de Florida, aunque no sé si te imagino pescando. ¿Sabes que los gusanos siguen vivos cuando los atraviesas con el anzuelo? Lo vi en un documental.

El abuelo sonríe levemente y después lanza un suspiro. Parece cansado mientras me observa en silencio comer una cucharada de pastel tras otra. Me considero una cirujana emocional brillante y a menudo cojo un bisturí mental para abrir el corazón de los que me rodean y ver qué tienen dentro, pero el abuelo Henry es un hueso duro de roer. «Quizá tenga el corazón de piedra y necesite un maldito taladro para llegar hasta el fondo», pensé en una ocasión. No es fácil saber qué está sintiendo cuando se le oscurece la mirada y se muestra ausente, a millas de distancia. Ha tenido una vida difícil y el alma se le ha ido arrugando mientras pasaba las horas en el taller, antes de jubilarse, tallando muebles o cachivaches de madera. El día que Lucy nos dejó fue como

si una losa acabase de caer sobre él. Mi abuelo siempre había sido la isla a la que remar cuando te sentías a la deriva; pero, de pronto, lo vi envejecido y más taciturno que de costumbre.

Hasta el día de hoy.

Nos hacemos compañía y, pasado un rato, advierto que está nervioso. No es algo habitual en él debido a esa actitud reservada, pero sus dedos repiquetean sobre la mesa y aparta la vista cuando mis ojos buscan los suyos.

—¿Qué ocurre? ¿Te preocupa el viaje?

—No.

—Ya sabías que mamá se lo tomaría así —insisto, porque no es un secreto que Rosie ha pasado los últimos cuatro meses metida en la cama o delante del televisor, sin saber qué hacer tras la muerte de su hija; no concibe que el mundo siga girando ajeno a su dolor—. Pero llevas años cuidando de todos nosotros y creo que es el momento de que hagas lo que te dé la gana.

—Grace...

—Deberías comprarte un bañador.

—Tengo que darte algo.

—No te estarás planteando repartir la herencia antes de irte a Florida, ¿verdad? Porque ya sé que estas semanas están siendo complicadas, pero pronto encontraré un trabajo que me dure más de un par de días...

—Es de Lucy —me corta con la voz ronca.

No me muevo. El abuelo sale del salón mientras lo sigo con la mirada y regresa un par de minutos más tarde sosteniendo en las manos una caja envuelta con suave papel dorado y un pomposo lazo que parece resguardar un sobre morado en el que hay algo escrito, pero no llego a leerlo porque me tiende otro de color lila en el que puede leerse «Grace» y, antes de ser consciente de lo que esto significa, ya

estoy rasgando el papel con las manos temblorosas y el corazón desbocado.

—Te dejo a solas —dice el abuelo.

Tengo la boca tan seca que no consigo responder antes de que salga del salón. Y allí, junto a los restos del pastel de limón y el olor a cera de las velas de cumpleaños, me reencontro con mi hermana. No es ella. No en carne y hueso, al menos. Pero no hay duda de que la caligrafía alargada es suya, dolorosamente suya, y tengo que hacer un esfuerzo para leer porque veo borroso por culpa de las lágrimas.

No existe una manera correcta de empezar esta carta. He probado desde el típico «si estás leyendo esto, significa que estoy muerta» hasta intentar ser graciosa o estúpidamente profunda, pero todo suena forzado. Así que tendrás que conformarte con esto, pequeña Grace.

Siempre me gustó llamarte así. Creo que se debe a esa fantasía irreal en la que ejerzo de hermana mayor y tú buscas mi experiencia para hablar de chicos o amistades, estudios o inquietudes. ¿Te imaginas? Podría haber usado frases como «ya te dejaré ese lápiz de ojos cuando cumplas los quince» o cosas por el estilo, pero las dos sabemos que eso nunca sucedió. En la práctica, tú has ido un paso por delante, con independencia de la edad.

Por eso me quedo con el apelativo cariñoso, al menos. Y supongo que también explica que tengas esta carta en las manos. Resulta que estoy lista para despedirme del mundo, pero no de ti. Todavía hay demasiadas cosas que me gustaría haberte dicho o vivido a tu lado. Me encantaría que hubiésemos podido seguir creciendo juntas, pero no soy tan ingenua como para no darme cuenta de que el final está cerca. Lo curioso es que, conforme se me acaba el tiempo, los días me parecen más largos y monótonos atrapada en esta cama. Y pienso mucho. Pienso demasiado porque no tengo otra cosa que hacer, aparte de ganar sin esfuerzo cada vez que alguien se decide a hacerme compañía y coger una baraja de cartas o abrir un tablero. Así que un

día tuve una idea brillante: «¿Por qué no crear mi propio juego?». Uno que fuese único, distinto y en el que pudiese vivir de alguna manera cuando ya no esté.

Así que lo hice. Lo hice para ti.

«El mapa de los anhelos».

He tenido la inmensa suerte de contar con la ayuda del abuelo. Si te ha dado el paquete, significa que por fin piensa que es el momento adecuado y se ha decidido a hacer ese viaje a Florida que lleva años posponiendo. Por favor, dale un beso de mi parte y dile que lo quiero y que espero que disfrute de cada instante.

Pequeña Grace, hace mucho tiempo tú me salvaste una vez. Ahora me toca a mí hacer algo por ti. Nada de saltarte las reglas, que ya nos conocemos. Sigue todas y cada una de las instrucciones del juego.

Y hazle caso a Will.

Con amor, Lucy.

Parpadeo varias veces. Aún estoy conmovida. Vuelvo al principio para releerla más despacio, saboreando cada palabra y deteniéndome en los puntos y las comas. Pero cuando llego al final sigo igual de confundida.

Porque, para empezar, ¿quién demonios es Will?